

DOI: <http://doi.org/10.15517/ky1dsp04>

El fugitivo¹

The Fugitive

O fugitivo

Francisco Alejandro Méndez Castañeda*

Universidad de San Carlos, Ciudad de Guatemala, Guatemala

franciscoalejandromendez@gmail.com | <https://orcid.org/0009-0008-9350-4174>

Cómo citar este texto:

Méndez Castañeda, Francisco Alejandro. (2025). El fugitivo. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 22(2). e2611730. <http://doi.org/10.15517/ky1dsp04>

¹ Este cuento fue publicado originalmente en el libro *El fugitivo* bajo el Proyecto Editorial «La Chifurnia» en el año 2023. Méndez, Francisco Alejandro. (2023). *El Fugitivo*. La Chifurnia (Colección Andanzas y malandanzas).



Tras repasar una y otra vez las intimidades y atrocidades de Adolf Hitler, expuestas en uno de los museos más importantes de Berlín, salí de allí con desazón en la boca y el corazón destrozado. Una figura que sencillamente no la podemos borrar del imaginario, por más que queramos.

La necesidad de huir y de tomar cerveza se apoderó de mí, por lo que me subí primero al U-Bahn y luego a un autobús para que me trasladara lo más cerca posible al barrio en el que me alojaba temporalmente.

Una muchacha con el pelo teñido de añil, las cejas completamente negras y pobladas, pero con retoques estilizados, clavó los ojos en los míos. Ya me habían dicho que la fuerza de la mirada era una de las formas de ligar, por lo que me sentí afortunado. Las pepitas de mis ojos se tensaron y le devolvieron una especie de rayos gamma con mucha energía. Sin embargo, mi estrategia no funcionó, pues la mujer se fue agigantando a través de sus ojos, lo que me provocó que me sintiera perplejo e indefenso.

Por un momento la vi hermosa y enigmática, pero a los pocos segundos se fue transformando en una de esas guerreras milenarias: ruda, musculosa y llena de sudor. No aguanté más el poder de sus ojos azules. Me rendí. Quizá en ese momento creí que me atraparía. Bajé los ojos y luego los dirigí para afuera de la ventana del bus colectivo, que en ese momento atravesaba Alexanderplatz.

Ya no quise voltear a verla otra vez. Seguramente, como un felino, tras atrapar la presa, se relamía con gusto, tras convertirme en su víctima. De reojo, observé que se levantó de su asiento. Luego se dirigió hacia mí, por lo que me sentí como un mísero roedor atrapado a la espera de ser sacrificado en honor a la higiene. El cuerpo, fuerte y poderoso de la mujer, se bamboleó mientras pasaba a mi lado indiferente y salía del bus hacia la calle. No pude ver su rostro, pero de seguro su exagerada sonrisa podría causarme un degüello.

Tras mi inesperada desconcentración hacia la ruta a mi destino, vi que muchas de las calles de Berlín son parecidas. Hasta que por fin divisé el letrero con el nombre de mi destino.

Caminé unas cuantas cuadras con dirección hacia dentro de las fauces del barrio Kreuzberg. Ese camino era el contrario al ubicado donde yo vivía, pero, en definitiva, debía actuar con cautela y, por otro lado, eso me lanzaba a ir tras la búsqueda de un bar.

Mi gran sorpresa fue que, en una esquina, fumando profundamente un delicioso habano, encontré a Reinaldo. No quise preguntar qué hacía en ese punto en el que converge la calle con la avenida, pues era obvio que andaba de cacería.

—¿Estás fumando? —pregunté estúpidamente, como cuando llamas por teléfono a alguien y te disculpas por si lo despertaste.

—¿Querés?

—Tomémonos una cerveza, te invito —le propuse, como para que pasara un poco el tiempo y luego siguiera con lo suyo.

—Vamo, pue... Roberto, ¿pero, tú, chico, andas así nada más? ¿No te da miedo?

Trasparamos la puerta de varios, hasta que encontramos a un par de cuerdas un esplendoroso bar. Sus paredes adornadas con fotografías en blanco y negro. En algunas destacaban escritores alemanes y en otras, famosos jugadores de ajedrez entablado magistrales jugadas. Reconocí a Tigrán Petrosián y Emanuel Lasker. La barra central era un largo armatoste con una barra para los pies y preciosos bancos de madera. Todo lucía maravilloso. Se asemejaba a la reproducción de un cuadro elaborado por un pintor renacentista. Todavía estaba influenciado por lo que había visto en el museo, así que traté de olvidar las atrocidades mientras tomamos posesión de una mesita pegada a la pared.

Los pocos y habituales clientes giraron sus cabezas para ver quiénes eran esos intrusos. El mismo barman que nos lanzó un tímido saludo se sorprendió de nuestra entrada, pues parecía que era un bar solamente para clientes frecuentes. Cada uno estaba sentado donde siempre se sentaba. Además, ordenaba lo de siempre y se marchaba religiosamente a la misma hora para su casa.

Sin embargo, el barman, un bigotudo que de haber nacido en México hubiese sido descendiente de Emiliano Zapata, se aproximó a nosotros. Reinaldo hablaba y comprendía un

poco alemán. Así que se animó a ordenar dos Berliner Pilsner de barril. A los quince minutos ya nos habíamos bebido tres cada uno.

Reinaldo no conversaba mucho. De vez en cuando nos reíamos de sus escritos, publicaciones y de la recepción que había tenido la oficialidad y los lectores durante muchos años. Yo le relaté de mi anécdota en una librería de La Habana, ciudad en la que la mayoría de sus libros eran prohibidos. De eso nos reímos otro poco más.

De pronto, mis ojos me llevaron a un espacio en la pared, en la que habían colgado un cuadro de ajedrez. Un par de metros abajo, descansaban en una caja, las piezas.

—Juguemos, vos —le supliqué, —recuérdate, hermano que eres hijo directo de José Raúl Capablanca.

—Paso, lindo. Bien sabes que eso no va conmigo. Y tú, ¿no deberías estar escondido dentro de una alcantarilla? Deberías dejar esa mierda de una vez por todas.

Tras mi resignación, e ignorando sus palabras, comencé a guardar las piezas dentro de la caja. De pronto vi que hacia mí caminaba un anciano. Lucía una frondosa melena con el cabello hirsuto, de la que destacaba una gran cresta que terminaba con un mechón tirado hacia atrás. Se acercó parsimoniosamente hasta alcanzar nuestra mesa. Vestía un raído traje y una corbata roja. Cuando estaba frente a mí, dirigió varias oraciones en un idioma extraño y sin que yo pudiera entender ni una sola palabra. Volví a ver a Reinaldo, quien, tras hacer una caída de ojos, me dijo: no le entiendo ni jota, este no habla berlinés o alemán, pero parece que quiere jugar esa mierda contigo. Si vas a jugar, yo me voy, no ves que tiembla y no te arrodillas.

—Por favor, ordena otro par de esas deliciosas cervezas y me esperas antes de subirme al auto de uno de tus clientes, —le exigí con fuerza, de tal manera que se volteó hacia el barman y señaló hacia mí.

Le sonreí al anciano, que ya a pocos centímetros de mi vista tenía una cara entre caricaturesca y de antagonista. Con un poco de nervios, pero de mirada intensa. De esas que protagonizan los malos de las historias, con personajes de una barba crecida, algo panzones y de malas pulgas.

Sin embargo, el imberbe hombre me mostró la mejor de sus sonrisas. Con mucha velocidad me extendió la mano y sacudió con fuerza la mía. Luego se sentó en una silla de madera con un respaldo verde limón. Ubicó ambas manos en su vientre y enseguida me agradeció que le cediera las blancas. (La verdad es que siempre he preferido jugar con las negras, me siento más cómodo).

Ese hombre entrado en años se empeñaba en repetir una palabra que sonaba algo como Baris, que yo pasé por alto. Le respondí: Roberto o Bobby, como quieras.

Era espigado y huesudo como yo. De pronto se inclinó un poco hacia delante y repasó cada casilla del tablero. De inmediato realizó su primera jugada: 1.d4. Cuando la pieza cayó sobre el tablero, de inmediato todos los clientes se voltearon hacia nosotros y tras alzar sus vasos y copas, gritaron al unísono.

Yo no sabía a qué me había metido.

En ese momento me dieron muchas ganas de orinar. Así que me levanté sin voltear a ver su figura. Giré sobre mis talones y comencé a buscarlo. Parecía que protagonizaba un juego de gallina ciega, pues no encontraba el cuarto de baño. Al fin, localicé unas gradas y tras bajarlas logré encontrarlo. Entré con urgencia.

Tras solventar mi necesidad fisiológica, ascendí lo más rápido que pude. Me senté en la silla, la misma que había escogido y la más cómoda de todas. Tenía ruedas y podría girar en cualquier dirección.

Respondí con un 1... cf6.

Yo volteaba a ver a Reinaldo y notaba su excesiva paranoia sobre mi situación, pero parecía que se le había quitado luego de que otro de los ancianos presentes le había obsequiado un cigarro mentolado y una gran sonrisa.

El juego iba transcurriendo de manera pareja, pero con variantes muy arriesgadas. Todo apuntaba a que se vislumbraba un final que concluiría con un duelo de alfiles debido a las demás

piezas que cada uno había perdido. Así que todo apuntaba a que esa primera partida iba a quedar en tablas. Durante los diferentes movimientos de cada uno, y rompiendo con mi concentración, había ordenado que me llenaran mi jarra dos veces más. Quizá el alcohol de la cerveza había provocado que perdiera la timidez, la vergüenza y el miedo de hacer quedar mal a mi nación en nada menos que en la potente Alemania, una de las integrantes del G-8.

*

Ignoro si fue por un descuido, tampoco creo que haya sido por las advertencias insolentes de Reinaldo para que saliéramos de allí de inmediato; quizá la desconcentración o que mi subconsciente hubiera actuado magistralmente para que yo demostrara debilidad... el caso es que antes de la jugada 30 tomé la pieza con mi mano izquierda y lancé un 29... Ah2. Craso error. Eso significó el regalo más grande que he obsequiado en mi corta vida. Por supuesto que mi rival lo aceptó. Sentí cómo mímicamente afiló un imaginario cuchillo y en breves segundos me fulminó. No tuve más remedio que estrecharle la mano y demostrarle una reverencia.

De inmediato, volteó a ver a los comensales y Reinaldo, que no nos apartaban la mirada. Todos, menos mi amigo, gritaron al unísono ¡Yoooo! El barman sirvió cervezas para todos, contando a Reinaldo y a mí.

Me emocioné mucho, pues a pesar de que soy un apasionado de este deporte-ciencia y, además, que perdí la partida, sentí mucha frescura y paz interior. Repito, soy un estudioso de las grandes partidas.

Vivo en un mundo alucinante. Pareciera que la herencia de un padre espía se apoderó de mí para que sigan buscándome por todos lados. Quizá lo que he pensado. O tal vez lo que he hecho. El caso es que una partida logra que me evada de cualquier prisión. Por eso es que esta reciente pérdida me provocó que mis mejillas se llenaran de rubor.

Cuando estaba por guardar las piezas, el hombre me pidió la revancha. Como es un deporte de caballeros, decidí, por supuesto, dársela y, por supuesto, que jugamos más, casi hasta el amanecer. Partidas muy parejas con ventajas de cada uno. Los demás asintieron sus cabezas de alegría durante el inicio de cada juego y cada vez se escuchaba el grito de ¡Yooooo! Enseguida comenzaba a circular la cerveza para todos.

Entonces jugamos la última partida.

Me correspondían las piezas blancas.

Reinaldo me vio con una cara de desaprobación y angustia. Pude comprender que de su boca salían frases como “llegaron”, pero el anciano que lo había invitado estaba ya lo bastante cerca de él como para que se levantara, me sacara por la puerta de atrás y se regresara a su esquina.

No puedo describir cómo fue la masacre que le propiné a mi adversario. Mi apertura inició con 1-e4 a lo que respondió con c5; proseguí con 2.cf3 a lo que respondió con e6. Poco a poco y entre mucha tensión tanto de mi parte como de la suya. Seguimos avanzando y planteando nuestra estrategia, pero mi ataque fue bestial. Entonces el hombre se levantó. Lo vi caminar, quizá en camino al baño, tal vez a ordenar una bebida. Luego me concentré en el juego y mis ojos comenzaron a repasar las 64 casillas. Hubo cierta tensa calma. Mi rival no volvía. El reloj marcaba otra hora más. Afuera, seguramente ya estaba poniéndose el débil sol. De repente, Reinaldo se aproximó hacia mí con cara de pocos amigos. Somató sus tacones y me expresó un poco con preocupación, otro poco con miedo:

—El viejo ya no va a regresar. Llamó al barman para decirle que se rendía.

Entonces, Reinaldo se acercó al rey de mi adversario y lo ubicó horizontalmente.

De nuevo el grito al unísono, y la cerveza abundó para los que quedábamos. Reinaldo permanecía hipnotizado. Su rostro palidecía. Apreté la mano de los ancianos, que permanecían sentados y de espaldas a mí, unos más borrachos que otros.

La hora había llegado. Estaba completamente seguro de que Reinaldo debía quedarse. No me despedí de él. Me dirigí hacia el bigotudo bartender a solicitarle la cuenta, pero me indicó que mi rival había pagado todo lo nuestro y otras tantas habían corrido por la casa.

Cuando cerré la puerta del bar, sentí que el frío de otoño y el tímido sol me pegaban en la cara, como si permaneciera en dos climas distintos. Las cervezas de barril habían hecho estragos en mi cabeza y en mi vejiga. Cuando me decidí a caminar, al avanzar un primer paso, un largo automóvil negro se detuvo frente a mis ojos.

Entonces, entendí que, efectivamente, lo que Reinaldo me advertía era cierto. Venían por mí. Alcé ambas manos para que me esposaran y de inmediato lo hicieron. Subí al auto cuando me empujaron hacia la puerta trasera. Uno de ellos puso su mano en mi cabeza para que no me golpeará con el techo. Vi las sombras que entraron una tras otra. Uno de ellos bajó mi ventana. En ese preciso momento Reinaldo salía con uno de los ancianos, pero no tuve ganas de saludarlos. De seguro se enterarían en las noticias, si es que compraban los periódicos.

Berlín, 2012

*** Nota de autor**

Guatemalteco. Doctor en Literatura Centroamericana, por la Universidad Nacional de Costa Rica, Heredia, Costa Rica. Docente de Literatura en la Universidad de San Carlos, Ciudad de Guatemala, Guatemala. Correo electrónico: franciscoalejandro.mendez@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-9350-4174>